

La dinámica histórica de Yeltsin

DESPUÉS de la tensión suscitada por el referéndum con que Yeltsin desafió al Congreso de los Diputados del Pueblo, el problema de la autoridad en Rusia sigue sin resolverse.

Si Yeltsin maniobrara adecuadamente usando el respaldo popular que se le otorgó —pese a las dificultades— el 25 de abril, es posible que antes de fin de año consiguiera la autodisolución del Congreso y pueda convocar nuevas elecciones. Si no lo consigue, el pulso entre Congreso y Presidente, puede continuar hasta que en virtud del propio mandato del Congreso, éste pierda toda legitimidad en 1995 y de todos modos acaben convocándose nuevas elecciones en las que, a no dudar, serán elegidos hombres nuevos no específicamente comunistas.

Entretanto, el problema acuciante de la situación económica, en trance apuradísimo de transformación, puede agravarse continuamente hasta alcanzar niveles insoportables incluso para el pueblo ruso que todo lo soporta. Esta contienda puede parecerse a la de dos hermanos que se pelearan por el derecho de herencia, mientras la casa que es objeto de litigio empieza a arder.

La resolución del conflicto de poderes en Rusia está llena de implicaciones de principio, y de dificultades políticas, jurídicas

y técnicas. No se puede modernizar radicalmente un edificio con sus habitantes dentro, sin crear un clima irrespirable. Y de otra parte, desde el punto de vista de los observadores extranjeros, es decir el G7 (grupo de los siete grandes), deseosos de ayudar pero celosos de la eficacia de la ayuda, las tardanzas están vinculadas a los problemas ordinarios del resto del mundo, que no puede estar esperando eternamente a que la ex URSS se hunda y arrastre a muchos en su abismo.

Estos círculos viciosos —porque son varios— se están afrontando sólo desde la actualidad y con poca perspectiva.

Las partes en cuestión, Presidente y Congreso, están demasiado obsesionados con el problema de sus respectivas supervivencias políticas como para buscar con serenidad un apoyo legitimador en **la esencia, la historia y la dinámica general de Rusia**. Y sin embargo, es muy claro que por debajo de los odios y ambiciones personales subyace una fuerza superior, a la que todas las partes y el pueblo mismo están adheridos como a un implacable electroimán alimentado durante siglos con la historia, fluido energético que se regenera continuamente. Esta fuerza, inductora aunque no determinante, está compuesta por el conjunto de **inclinaciones profundas del pueblo ruso que nacen de un largo pasado**.

Si a lo largo de la historia ha sido frecuente en todas partes que los reyes tuvieran que luchar contra la fronda nobiliaria, en Rusia esta confrontación ha influido determinantemente en dos ocasiones vitales.

A principios del siglo XVI, Iván IV chocó contra la muralla terrible de los nobles «boyardos», acérrimos partidarios de que las cosas no cambiaran y el soberano se conformara con una presidencia honorífica. Iván maniobró con rapidez y determinación. Descabezó, en el sentido más literal de la palabra, a los principales, creó una guardia pretoriana fiel (los «streletsi») y arrebató a los nobles humillados la mitad de sus tierras formando así el patrimonio de aquel zar, llamado «el Terrible», o con traducción más benévola, «el que se hace respetar». Y a partir de entonces, el destino de Rusia quedó

sometido a un autoritarismo rígido y sin concesiones en el que el pueblo ha sido educado y ha vivido más de cuatro siglos.

Dos siglos más tarde, a caballo entre el XVII y el XVIII, el zar Pedro, «enfant terrible» de una dudosa situación sucesoria, intuyó que Rusia necesitaba ser reformada según el patrón occidental. Venció la resistencia popular con medidas drásticas y vejatorias, y arremetió contra las cabezas de los ya conservadores «streltsi» a golpe de hacha, manejada incluso por él mismo. Sus conquistas posteriores le dieron el sobrenombre de «el Grande».

La coyuntura en la que ahora se encuentra la Rusia post-comunista de cara a su continuidad histórica, tiene caracteres excepcionales, como las dos anteriores. También encuentra parecidas resistencias en los estamentos instalados, que no van a poder resistir la economía de mercado sin perder sus prebendas, consagradas en el régimen anterior. Y el mismo pueblo, sujeto siempre pasivo de las determinaciones superiores, debe aguantar con paciencia los sacrificios que se le imponen, sean unos u otros los que gobiernen.

***EL** hombre que encarna el protagonismo del proceso actual está dando muestras de un carácter férreo, como Iván y como Pedro, aunque las circunstancias se han modificado de manera que las formas que emplea no revistan, afortunadamente, la crueldad de sus antecesores. Boris Yeltsin es basto y sólido como un **mujik**, es hombre del pueblo, del que nunca se ha distanciado, y tiene por ello un carisma de liderazgo que en el referéndum del 25 de abril le ha sido por segunda y decisiva vez reconocido. Tiene también el decidido favor de la comunidad internacional, que trata de ayudarle sustancialmente en cuanto se creen los canales adecuados para que la ayuda masiva que Rusia necesita no caiga como el agua en una cesta.*

Pero aparte de su capacidad para la lucha política, que prosigue reforzado por los votos del pueblo, debe ahora demostrar también la capacidad de poner en marcha un

gigantesco proceso de reforma, muchísimo más ambicioso que el que alentó Pedro el Grande.

Yeltsin debe estimular la creatividad económico-social del pueblo ruso a todos los niveles (creatividad que, fuera del terreno artístico nunca conoció), y hacerle emprender un arduo camino de libertades, que es tanto como decir de dolorosos tropezones generadores de experiencia. En esta tarea han de consumir los distintos pueblos rusos toda una generación quizá sin vislumbrar pocos atisbos de la tierra prometida. Es lógico que en esta tarea Yeltsin haya de sucumbir (políticamente), quizá más pronto que tarde. Pero eso no importará si la directriz continúa vigente y se convierte en irreversible. La historia le reconocerá ese mérito.

***L**AS dificultades generales con las que Yeltsin se enfrenta son mucho mayores que la que acaba de superar en su cuerpo a cuerpo con el Congreso. Y aquí es donde nuestras dudas se extienden por encima de nuestros deseos.*

*Rusia es **tradición**. Ambigua tradición y permanente crisis de identidad que viene moviendo alternativamente los sentimientos colectivos entre el aislacionismo autóctono (eslavista) y el deseo de modernizarse como los demás países (occidentalistas).*

*Vieja y tradicional es también la relación «**autoritarismo-obediencia**», nunca desmentida en cuatro siglos, que ahora debería ser sustituida por la **democracia**, concepto esencialmente participativo, generador de la dignidad personal.*

*Y Rusia es finalmente «**nación**». Una nación que nació con aspiraciones de «dominium mundi», mucho antes de que la ideología comunista reformulara este anhelo como «revolución universal».*

Habría que preguntarse, sin esperar una respuesta que sólo el tiempo dará, hasta qué punto el pueblo ruso está dispuesto a sacrificar sus hábitos profundos en el altar del consumo y del

consumismo que la economía de mercado trae consigo. Y si le atrae sinceramente vivir en la tensión de lucha que la democracia comporta o en el fondo prefiere permanecer en su pasividad tradicional, herencia del todavía cercano tiempo de la servidumbre.

Habría que preguntarse, hasta qué punto Yeltsin o los que le sucedan, son capaces de adquirir la humildad básica del gobernante que sale de las urnas democráticas y sabe que puede ser sustituido por su falta de éxito. O si por el contrario, la marcha necesariamente enérgica hacia la democracia y la economía de mercado va a crear en Yeltsin la fascinación del poder entero. «¡Tenlo todo!», recomendaba Pobiedonotsev a Alejandro III. En una sociedad y en una coyuntura como la que en Rusia impera, el autoritarismo es una tentación muy fuerte.

SERÁ de ver, finalmente, qué es lo que Rusia, cuando salga del expolio catastrófico que la ha dejado desnuda ante el mundo, reclamará como derechos ancestrales e irrenunciables en un proceso de recuperación de su gloria. Su avidez nacional se ha manifestado demasiadas veces en la historia como para que ingenuamente pensemos que haya podido desaparecer en la confusión coyuntural del cambio de régimen.

*Cuatrocientos años de historia han configurado el «código genético» del alma rusa con improntas indelebles. Pero en la vida de los pueblos nada es irremediable. Todo se puede modular desde la libertad humana. Eso sí, huyendo de la candidez tanto como del fatalismo, nos parece más prudente contar de antemano con un largo período (¿cuánto de largo?...), de voluntarismos y pasividades, de coerciones y resistencias, de etérea **eslavofilia** y duro **occidentalismo**.*

Yeltsin no es más que una pieza en este pedregoso proceso de acomodación histórica, como lo fue anteriormente Gorbachov. Y por otra parte, a Occidente no se le puede pedir más de lo que dio en la Conferencia de los Siete Grandes de Tokio. A los reformistas rusos —buenos ajedrecistas— les toca ahora mover sus piezas y seguir su juego.